

Intercambio a India

Diana Estefanía Fernández González*

La simple idea de participar en una experiencia de intercambio internacional era casi inconcebible. La verdad no sé qué paso, en qué momento se apoderó de mí una determinación guiada por curiosidad para ver cuál sería el siguiente paso y qué tan real podía ser para mí una situación así. India ni siquiera lo escogí yo, una amiga mía me lo sugirió en medio tono burlón, “¿Tefa, por qué no en India?”, y yo casi instantáneamente dije “Uy, sí”. Pues, nadie ni nada fue argumento suficiente para hacerme cambiar de destino. Ni idea cómo es que hice para que mi mamá se hiciera a la idea, hasta como con más intensidad que yo.

En fin, pasaron mil locuras, pero conseguí plata, aprobación, tiquetes y visa.

Faltando solo cinco días antes del vuelo me di cuenta de que era enserio y me entró un miedo bárbaro. Además, de la mano de videos y blogs diciendo que India es un país cochino, que los olores son impactantes y que hay un raro fetiche generalizado de los hombres psicópatas hacia las extranjeras.

La noche antes del vuelo la pasé en vela, deshaciendo y rehaciendo mi maleta, escogiendo qué ropa debía llevarme y qué libros. La desprendida con mi familia fue como “Los quiero, *bye*, gracias por la oportunidad, voy a estar bien”, casi diciendo “¡Adiós!, corro a la libertad”. El vuelo siempre es lindo, amigos, claro, con algo de miedito como todos. Pero, yo estaba en la cúspide de la adultez libre de cualquier atadura y por fin pude mostrarme tal cual soy, mi real versión.



79

* Estudiante del pregrado en Administración de Empresas de la Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: diana.fernandez03@est.uexternado.edu.co

Casi llegando, después de cuatro escalas, cometí un par de errores en algo y me pegué del teléfono sin saber cómo reaccionar, a ver si la tía me solucionaba. Ella hizo hasta que un taxi me esperara en el aeropuerto, ¿ok?

Salí, todo muy bien. El clima era como calientico, algo de humedad y con brisa. Cartagena, pero como con el ambiente más pesado, eso en términos a cómo se sentía. Pero absolutamente todo se veía diferente, nada que yo pudiera decir “¡Uy!, esto se parece como a Ciénaga”. Desde cómo tomaban agua, lo ancho de las calles, la ropa de la gente, los grafitis o el color de las cosas. Todo era increíblemente diferente, pero no desconocido. Debo confesar que ahí se me cayó el teatrillo de la adultez, la madurez y la mujer independiente.

Por al menos 48 horas seguidas estuve en una vigilia casi constante. Dormí cinco horas y en todo el primer día no probé bocado, porque no tenía ni idea cómo hacer para pedirlo o pagarlo. Como un milagro, me dio un arranque de “Vamo’ a darle”, cogí mis cosas del hostel donde estuve cuatro días y donde hablé con un par de personas que me dieron moral. “¿Sola? Sí, Delhi es bien pesado... No, tranquila, es normal que te sientas así, a todos nos pasa”. La idea era moverme lo más cerca de la universidad posible, ellos me iban a salvar. Ya había aprendido a manejar el metro, después de una extenuante explicación por una amable extraña que me vio perdida llorando un día.

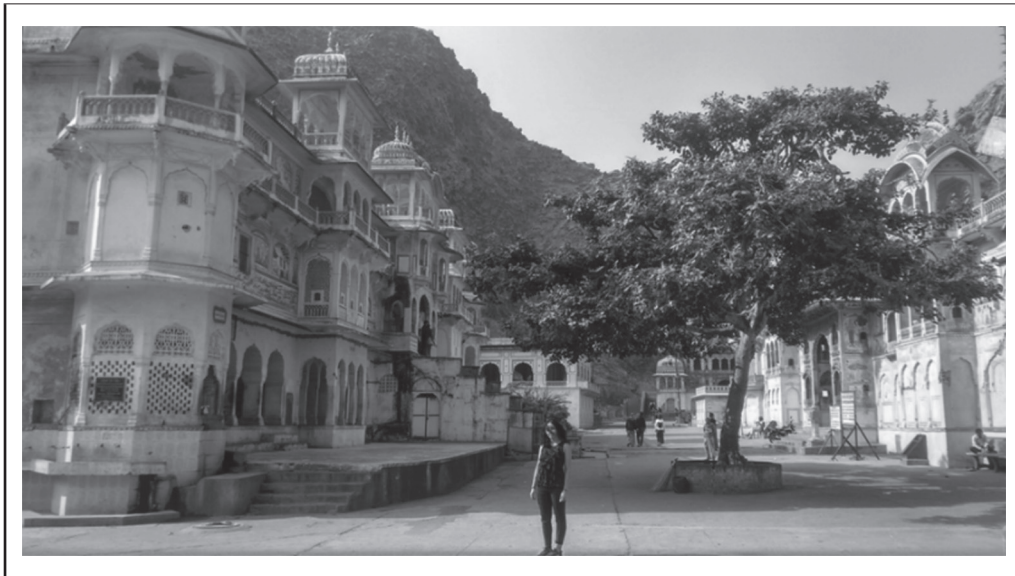
Señoras y señores, orgullosa de admitir la disrupción cultural que presencié a mis casi 21, pasando de ser una niña protegida, guiada, con un relativo plan de vida y orientada a cumplir ciertas metas en torno a la aprobación social y a mi realización personal, en menos de dos días pasé a ser nadie, como en blanco.



Fue necesario que pasara un tiempo, me conseguí un lugar agradable, como a 20 minutos de la universidad. Esos primeros días fueron muy tristes para mí, en parte creo que por que no se me da la resiliencia emocional; muy seguramente otras personas lo manejarían mejor. En general, las clases, como se imaginarán muy extrañas, las sillas tocaban empujarlas para abajo para sentarse, no sé ni cómo explicar.

Pero amigos, la calidad de gente que conocí fue indescriptible. Casi todo mi círculo social fueron jóvenes de entre 19 a 24. Cada uno de ellos, por poco que interactuáramos, me daba más información para comprender la lógica de la cultura, así como las satisfacciones y desventajas que venían de ella y debíamos aceptar.

Ya han pasado cuatro meses desde que llegué de India el 30 de diciembre 2018 y la mayoría de mis momentos felices hoy en día están casi siempre asociados con recuerdos de ese momento fugaz que me llevó a sentirme en el punto más alto de mi existencia, porque me sacó muy lejos de mi círculo de confort. Ese estilo de libertad de espíritu genera una euforia y una conexión facilitada con las personas.



Podría sentarme y explicar cómo es que amé esas frutas y verduras raras, de cómo ir al mercado todos los domingos a practicar hindi me hacía muy feliz, de cómo amaba tener varias compañeras de cuarto y bailar con ellas reggaetón, de cómo conocí a un amor trascendental para mí y de cómo haber tenido que dejarlo ir ha sido muy constructivamente doloroso, de cómo las recetas de comida y costumbres básicas tenían mucho sentido. Eso sí, la música sí es muy difícil de apreciar, qué pena.

Voy a tratar de resumir la forma en que el intercambio en Delhi me cambió de una forma increíble. Me arriesgue a viajar sola por primera vez sin saber qué me esperaba, ni siquiera considerando si estaba preparada o no, afirmándome una y otra vez que yéndome por un tiempo

aclararía lo que soy, y que sería más evidente que soy capaz de cumplir lo que fuere mi propósito en esta vida.

Me atrevo a decir que fui muy ingenua. Muchas de las cosas que vi y las personas que conocí las subestimé más de una vez sin darme cuenta. No entendí en el momento lo fascinantes que son por pertenecer a un pasado y a un contexto del que yo no había hecho parte nunca, y que, por lo tanto, me podrían aportar más de una perspectiva a mi relación con la vida. Me demoré unos dos o tres meses en empezar a emocionarme por las cosas y la rutina, y a sentirme que pertenecía.

La gente que conocí y las experiencias que tuve con ellos me permitieron construir un forma renovada y mejorada de mí misma, una en que mis inseguridades y miedos viejos ya no eran relevantes porque se habían contenido en mis fronteras culturales de las que era libre.

No soy la mejor comunicándome con las personas. De hecho, hubo muchos con quien ni me atreví a hablar pero que realmente me impactaron, a un nivel que duele imaginar cómo me habría encantado su compañía. Por otro lado, la mayoría que sí pude conocer me llenó de amor y buenas intenciones.



Haber dejado Delhi me dejó un sinsabor que aún cargo, pero del que estoy muy orgullosa porque en definitiva abrió dimensiones de mí que solo me van a llevar ser mejor, y que me recuerda que siempre voy a hacer parte de allá.